

Moldavia

Michael Hernández*

A las afuera de aquel país lejano me encontré con un soldado que comía de lo que sus pobres manos podían cargar. A su lado, un viejo perro mortecino parecía deambular con su misma suerte.

Estaba sentado, mirando a sus pies con la espalda encorvada y el sol calentando su trajeada nuca. En una de sus manos tenía un rosario hecho de madera y que parecía un regalo muy antiguo. Pude darme cuenta de que el miserable era religioso. Quizá su fe estaba siendo la pesada cruz que le había tocado cargar durante la guerra. También observé que llevaba una cadena en forma de corazón, y en ella había una foto de una mujer, tal vez no muy joven pero que resaltaba por sus ojos oscuros, que combinaban con la miseria de aquel desgraciado.

No muy consciente de su realidad, me senté a su lado y le pregunté lo que hace mucho tiempo quería saber. A pesar de que no hablaba con nadie y de que se sabía que había escapado a una corte marcial, albergaba la esperanza de poder entender su desenlace. Al final de cuentas, solo buscaba un buen artículo para publicar en el periódico. Su perro, sin embargo, se olía que yo me traía intereses ocultos y, al verme muy cerca de él, me lanzó sus podridos dientes contra mi pie de tal modo que terminé por perder mis notas.

El viejo soldado, al percatarse de mi situación, solamente se rio durante un tiempo. Pensé que era normal: un joven asustado por un decrepito perro que no resiste de seguro un golpe, pero después de haber pasado quince minutos el prófugo seguía riendo, ya de una forma tan insoportable que se revolcaba en los pastos de pequeñas piedras mohosas. Supuse que le había recordado alguna etapa de su vida, así que aguardé pacientemente. ■■■

*Psicólogo egresado de Unimagdalena. E-mail: michaelhdez19@gmail.com.

Para mi sorpresa, después de una hora el veterano remiso seguía en su euforia desenfadada de carcajadas agresivas, pero esta vez el aire le faltaba a su pecho por momentos, a tal punto que su rostro se transfiguraba en un color rojizo y la suciedad que lo acompañaba resplandecía en un tono amarillento, haciendo que sus ojos se sobresaltaran y sus pupilas se dilataran.

En ese momento entendí que mi historia tendría que esperar, así que amarre mis botas, limpié mi sombrero y, cautelosamente, me levanté mirando fijamente al animal. De reojo escuchaba cómo la voz afónica del soldado seguía en su clímax.

Posiblemente pude haberme sentido molesto. Sin embargo, caí en cuenta de que dicho sujeto llevaba mucho tiempo sin poder reírse así, y a lo mejor ese era un espacio para que su alma se volviera a sentir jovial. Una fuerte esperanza de vida me tranquilizó la consciencia.

Luego de asegurarme de estar a una distancia prudente del animal, miré de soslayo al soldado para manifestarle mi agradecimiento y expresarle que volvería a visitarlo a la espera de conseguir su historia. Sin embargo, descubrí que su rostro había quedado congelado. Una fea mueca de auxilio sobresalía en su boca, y sus labios tenían un contorno pálido. Sus manos estaban agarradas a su cuello. Lo que parecía un estado de éxtasis y de diversión se había convertido en segundos en una escena del crimen, y los caminantes que hasta ese momento habían sido invisibles empezaron a merodear la terrible facción con la que había muerto el desdichado.

Increpado por todos, traté de explicar que se había muerto de risa. Incluso mostré la herida sangrante de mi tobillo. No obstante, la idea de que había sido asesinado comenzó a retumbar en la mente de los que se abarrotaban por conocer la historia. De inmediato, agarré mi morral, que había puesto entre las piedras en las que el cuerpo yacía ya frío, y al levantarlo me di cuenta de que una de sus correas estaba levemente amarrada a la cadena que tenía el soldado en el cuello. El perro empezó a ladrar. Botaba fuego de su hocico, y sus dientes se estremecían como si me culpara de que su fiel acompañante hubiera muerto. Todos querían matarme. Podía ver en sus expresiones que les había quitado una parte de sí.

Después de todo, han pasado ya varios meses y dejé de recordar cuándo fue la última vez que me pregunté por qué decidí quedarme aquí, atrapado entre el frío de Moldavia y en una historia en donde aquel soldado me heredó su suerte y un mañoso perro que aún sigue mordéndome cuando me acerco mucho al ver aquella foto en acuarela que colgaba de su cuello. Quizá por eso no he podido descansar, esperando a tener la historia para poder partir, o tal vez para seguir aquí riéndome entre mis notas y entre el cadáver.